

EDURNE PORTELA

CONSTRUIR LA CONVIVENCIA DESDE LA SOCIEDAD CIVIL

Mi reflexión sobre el antes y el después de ETA tiene como punto de partida la idea de que la mayoría de vascos y vascas hemos sido, más que víctimas o verdugos, testigos de la violencia y que, por tanto, tenemos la necesidad de involucrar al conjunto social (es decir, al conjunto de testigos) en el proceso de construir convivencia. Yo no he sido ni víctima ni victimario, pero sí, como la mayoría de la sociedad vasca, he sido testigo; la violencia, como a la inmensa mayoría de las personas de mi generación o mayores, me ha rozado: ¿cuántas historias relacionadas con la violencia en Euskadi conoce cada persona que ha vivido aquí esos años? ¿Quién no conoce a alguien del pueblo que haya estado en la cárcel, un rumor sobre una familia que fue extorsionada, en qué pueblo no hay una víctima de ETA? ¿Quién no conoce a una familia que recorre miles de kilómetros para visitar a un hijo en la cárcel? Y es que, ya lo saben, Euskadi somos muchas cosas, pero también somos estas historias que nos constituyen. Las últimas décadas

Y CREO QUE AHÍ ES DONDE ESTÁ EL VERDADERO RETO: TRASLADAR A LA CIUDADANÍA EL HECHO DE QUE TODOS SOMOS RESPONSABLES DE CREAR UNA CONVIVENCIA MÁS CÍVICA

han dejado una sociedad herida, en la que todos de manera más o menos intensa hemos tenido alguna vivencia relacionada con la violencia. Por esta razón cuando pensamos en la convivencia creo que no debe estar centrada únicamente en la reparación entre las víctimas y los victimarios, tampoco en que el perdón o la reconciliación sean las bases indispensables para la convivencia. Si bien todo eso es importantísimo, no debería ser el único enfoque. La convivencia debería estar basada en el conocimiento y, con él, el reconocimiento de que es una historia de todos. Y ese trabajo no le toca sólo a las víctimas y los victimarios (sean del signo que sean), sería injusto que así fuera. Nos toca a todo el conjunto social. Y creo que ahí es donde está el verdadero reto: trasladar a la ciudadanía el hecho de que TODOS somos responsables de crear una convivencia más cívica.

De esto me gustaría hablar, de los retos que yo veo para la convivencia:

1. EL OLVIDO DE UNOS, LA MEMORIA PERSISTENTE DE OTROS

En Zubiak” (“Los puentes”), el primer capítulo de la serie

documental “ETA, el final del silencio”, de Jon Sistiaga y Alfonso Cortés-Cavanillas, Ibon Etxezarreta (miembro del comando de ETA que asesinó a Juan Mari Jauregi) le dice a Maixabel Lasa (viuda del asesinado): “para ti es importante recordar, para mí es importante olvidar”. Ibon lo dice, pero sigue recordando con ella porque sabe que es su deber. Su postura ética es estar a disposición de la víctima. En este breve intercambio está encapsulada la reflexión que les ofrezco.

¿Qué ocurre cuando en una sociedad que ha sido atravesada por la violencia unos quieren olvidar y otros recordar? ¿Qué ocurre cuando hay memorias en conflicto? Nos acompañan hoy personas que han estado muy involucradas en la historia política de Euskadi durante décadas. Ustedes saben que es imposible construir una memoria común para todos, que hay una multiplicidad de relatos sobre el pasado, pero que es necesario establecer un suelo ético común del que partir: la deslegitimación de la violencia, de todas las violencias, cada una en su dimensión, con sus propios actores, sus propias víctimas y sus propias consecuencias y por tanto responsabilidades. Llegar a un acuerdo desde las instituciones y los diferentes grupos políticos es fundamental porque pueden establecer un ejemplo ético para la sociedad.

En este sentido, es importante que se potencie el trabajo de memoria. Tenemos el deber de recordar, de no olvidar lo que ha pasado, de dejar a las generaciones futuras una verdad histórica, a partir del conocimiento

y con el claro propósito de deslegitimar la violencia (sin “peros”, ni agravios comparativos), lo cual será la única forma de construir una convivencia sana que haya dirimido los problemas del pasado. Esto es necesario, pero también les propongo que tengan en cuenta esta cuestión: que la idea del “deber de la memoria” tiene trampa. El historiador Tzvetan Todorov señalaba que detrás del “deber de la memoria” siempre hay una reivindicación que tiene que ver con la justicia. Pero hay veces que aquellos mismos que claman el olvido de algunas cosas, reclaman la memoria para otras.

**LLEGAR A UN ACUERDO
DESDE LAS INSTITUCIONES
Y LOS DIFERENTES GRUPOS
POLÍTICOS ES FUNDAMENTAL
PORQUE PUEDEN ESTABLECER
UN EJEMPLO ÉTICO PARA LA
SOCIEDAD**

Los argumentos en contra del olvido y a favor de “la obligación de recordar” a veces defienden una particular selección de hechos que permite a sus protagonistas aparecer como héroes, vencedores o víctimas inapelables, en oposición a cualquier otra selección que pueda interferir con sus demandas del presente. Y en esa manipulación de la memoria es donde corremos el riesgo de atrincherarnos en los patrones del pasado, patrones divisivos y basados en afectos negativos, como el rencor. Esto no es nuevo ni exclusivo del caso vasco. La tensión entre memorias en conflicto, o entre memoria y olvido, siempre se salda con la imposición de un relato, una memoria oficial que fija su interpretación del pasado para que se convierta en verdad incuestionable, a veces sin respetar la verdad histórica. Así, la memoria individual o bien se ve reflejada en esa memoria institucional porque coincide ideológicamente con su discurso, o bien queda marginada porque no se reconoce en él.

Por eso me parece importante pensar que, además de la memoria institucional que en buena medida se basará en los acuerdos que se hagan en el Parlamento Vasco, se tiene que tener muy en cuenta la pluralidad y complejidad de la memoria individual. Nuestra Euskadi plural, que ha vivido de formas muy diferentes “el conflicto”, no cabe en un solo relato de memoria, por eso, una vez fijada la deslegitimación de la violencia como ingrediente fundamental para la convivencia, lo más sano y democrático sería aceptar que habrá una pluralidad de relatos, todos con su parte de verdad y su parte inventada o distorsionada, que revelarán las distintas experiencias de lo que hemos vivido, muchas divergentes e incluso enfrentadas, pero también muchas en las que se descubrirán más coincidencias y espacios comunes de lo que quizá habíamos imaginado. Esta aceptación de la pluralidad de la memoria creo que puede facilitar la convivencia.

Pero, como digo, antes tiene que llegar la deslegitimación de la violencia. Y que aquellos que hicieron daño, aquellos que infligieron violencia, sigan el ejemplo de Ibon Etxezarreta en esa frase tan significativa: “para ti es importante recordar, para mí es importante olvidar” y a pesar de esa necesidad de pasar página, primero pensar en la necesidad de las víctimas.

2. PARA LLEGAR A ESE MOMENTO DE ACEPTACIÓN DE PLURALIDAD DE MEMORIAS DONDE PUEDAN CONVIVIR DIFERENTES VERSIONES DEL PASADO, DEBEMOS AYUDAR A LA CIUDADANÍA A ROMPER CON LAS PRÁCTICAS INHERENTES A PARTE DE LA SOCIEDAD VASCA DURANTE LA VIOLENCIA: EL MIEDO, LA INDIFERENCIA HACIA EL DOLOR DE

UNOS Y DE OTROS, EL MIRAR HACIA EL OTRO LADO, EL SILENCIO, LA DESCONFIANZA

Es imposible construir convivencia desde el silencio, el miedo, el rencor o la indiferencia.

La mayoría de nosotros permanecemos indiferentes ante el dolor que provocaban ETA y su entorno, o ante otras formas de violencia (las que provenían del Estado), la violencia estaba tan normalizada que aceptábamos que ocurrieran ciertas barbaridades: el asumir que era normal que algunas personas, debido a sus cargos políticos, por ejemplo, fueran el objetivo de ETA y de sus colaboradores. También significaba aceptar que, debido a sus vínculos con

la izquierda abertzale, sospechosos de pertenecer al entramado de ETA fueran torturados o que los asesinatos del GAL estuvieran justificados en su momento. Las víctimas no eran para la mayoría de nosotros individuos, familias o comunidades a los que se les había hecho un daño irreparable, sino presencias incómodas sobre quienes recaía la sospecha de haber merecido su suerte.

El “algo habrá hecho” o “que no se hubiera metido en política” significaba aceptar la lógica de los violentos y una actitud de aparente indiferencia ante el dolor de los demás. La indiferencia cuando ha permeado totalmente una sociedad, muestra un fracaso en las relaciones afectivas sociales, porque significa negar que existe un sufrimiento en aquel con el que se convive. Hubo personas que, desde el primer momento, hicieron pública su denuncia de la violencia y es cierto que con el transcurrir de los años, la protesta social frente a ETA se hizo más y más multitudinaria y visible. Pero en el día a día de muchas víctimas, la soledad y el abandono fue la pauta. Y en eso, la mayoría de nosotros tenemos que hacer una fuerte autocrítica.

PERO ES CIERTO QUE HA HABIDO SILENCIOS. HA HABIDO ENTRE NOSOTROS SILENCIOS CÓMPlices, SILENCIOS ASESINOS, SILENCIOS IMPUESTOS Y SILENCIOS ESCOGIDOS. COMO DECÍA ELIE WIESEL: “EL SILENCIO DEL ASESINO NO ES EL DE LA VÍCTIMA NI EL DEL ESPECTADOR”

Íntimamente relacionada con esa indiferencia está el silencio. En realidad sería fácil condenar a la sociedad vasca, de un plumazo, por haber guardado silencio ante la violencia, el sufrimiento del convecino, el abuso, la extorsión. Y esa condena, aunque en parte es merecida, nos hace caer en tópicos sobre la cobardía y la complicidad muy poco productivos para el momento actual. Pero es cierto que ha habido silencios. Ha habido entre nosotros silencios cómplices, silencios asesinos, silencios impuestos y silencios escogidos. Como decía Elie Wiesel: “El silencio del asesino no es el de la víctima ni el del espectador”.

Heredamos el silencio sufrido de la represión franquista. El lema de mi abuela, que la vivió, era “oír, ver y callar”.

Algunas personas pasaron por traumas tan terribles que se mantuvieron calladas durante años, sumando nuevos silencios a los antiguos. Pienso en los testimonios que dio Pili Zabala en el Parlamento Vasco y ante la prensa cuando comenzó a hablar del asesinato de su hermano, de su silencio de más de dos décadas. Pienso en el silencio de esa amiga de mi familia, que perdió a su marido en un atentado de ETA y jamás dijo una palabra sobre ello hasta décadas después del atentado. Pero también pienso en el silencio de las concentraciones pacifistas de Gesto por la Paz para condenar atentados de ETA, un silencio sombrío, digno y tenso, mientras que a escasos 100 metros los violentos vociferaban sus consignas y les llamaban “asesinos” o gritaban “ETA mátalos”. Y luego está ese silencio de la mayoría. La fuerza con la que el fanatismo se apropió del espacio público estribaba precisamente en que obligaba a los “no fanáticos” a mantenerse en silencio. Tal vez porque estábamos cansados de violencia, porque no deseábamos generar más, ni contra nosotros mismos ni contra otros, porque a

**EN EL DÍA A DÍA DE
MUCHAS VÍCTIMAS, LA
SOLEDAD Y EL ABANDONO FUE
LA PAUTA. Y EN ESO, LA MAYORÍA
DE NOSOTROS TENEMOS
QUE HACER UNA FUERTE
AUTOCRÍTICA**

veces callar resultaba más saludable y sobre todo más seguro. Entonces, para conseguir la coexistencia (que no la convivencia) pensábamos que era necesario callar. Callábamos los testigos: por miedo a que mencionar lo sucedido, contar, hacía que la violencia se volviera hacia nosotros. También señalar al agresor podía generar en el testigo otro tipo de aprensiones: si le unían a él lazos afectivos o comunitarios, el testigo podía sentir compasión por el agresor, que de esta manera recibe una comprensión o protección que no necesariamente recibía su víctima. En cualquier caso, cuando estamos sometidos a la constante presencia de la violencia perdemos la capacidad de expresarnos libremente y nos vemos obligados a callar o a consentir lo peor.

Callarse o consentir. La dinámica de comunicación y convivencia está fracturada por décadas de estas prácticas de silencio. En este momento no podemos todavía pasar página simplemente porque nuestro pasado nos incomoda, nos hace encarar esos silencios, esa indiferencia. La continuación del silencio en el presente protege, escuda, ayuda a negar la evidencia para seguir viviendo en una “paz” bajo la que laten todos esos afectos negativos que he mencionado, una paz que permite no realizar una autocrítica de nuestra propia participación en la violencia pasada.

3. LAS FRONTERAS QUE HEMOS CONSTRUIDO ENTRE NOSOTROS

Y el tercer reto relacionado es cambiar la imaginación en la que nos asentamos, que está polarizada por la visión del “otro” como enemigo, o como víctima radical con la que no tengo nada que ver, con alguien ajeno a mi realidad y, por tanto, lo que le pase o haya pasado no es asunto propio.

Hablaba antes de indiferencia y silencio, y es que víctimas y verdugos eran “otros”, así la sociedad se dividía entre los que ejercían la violencia, los que la sufrían (víctimas y resistentes), y los que la contemplábamos intentando evitarla (aunque siempre nos salpicaba de alguna manera), pero cada cual miraba al resto como “los otros”. La fractura social que crea esta violencia y su normalización es real, pero proviene de la creación de una serie de fronteras que en buena medida son producidas por la imaginación, que está continuamente conformando nuestras creencias y nuestros afectos (y por tanto nuestras actitudes políticas y sociales) sobre ciudadanía, pertenencia, colectividad y por lo tanto sobre quién pertenece y quién no a esa comunidad de la que nos sentimos parte. Es decir, sobre convivencia.

La construcción de otredad se dio a múltiples niveles y en múltiples direcciones en nuestra sociedad. La concepción de la otredad no sólo se aceptó en los entornos radicales, sino que permeó a una gran parte de la sociedad vasca. De la cosificación, deshumanización o animalización del enemigo con la intención de eliminarlo (el txakurra, el cipayo) se trascendió a la cosificación del enemigo (o del Otro, si queremos ser menos radicales) como estrategia para ignorar el daño o para protegerse de esa misma violencia. Se produjo la adopción, por parte de la mayoría, del discurso de la violencia de la minoría. Esta adopción es inconsciente y aquellos que nacimos ya con la violencia de ETA y su discurso la aceptamos como parte de nuestra cotidianidad, también

como consecuencia de esa otra violencia que venía de fuera (GAL, policía, guardia civil, etc). En nuestra sociedad se llegó a una complicidad que es imposible sin esa cosificación y el desprecio hacia el otro.

**CUANDO
ESTAMOS SOMETIDOS
A LA CONSTANTE
PRESENCIA DE LA VIOLENCIA
PERDEMOS LA CAPACIDAD DE
EXPRESARNOS LIBREMENTE Y
NOS VEMOS OBLIGADOS A
CALLAR O A CONSENTIR
LO PEOR**

También ha habido una construcción de otredad por una parte de la población importante (que ha variado según las épocas), que ha negado o no ha reconocido cualquier sufrimiento o dolor dentro del entorno abertzale, asumiendo una construcción de ellos como “monstruos”, una idea que se asienta también en la otredad radical. A la “izquierda abertzale” y su entorno se le identifica absolutamente con “los violentos”, sobre todo fuera de Euskadi, donde no se entiende la pluralidad que hay, por ejemplo, en un partido como EH-Bildu. Todas estas fronteras imaginativas que dividen nuestra geografía política y afectiva siguen, aunque creo que de forma más limitada, vigentes hoy.

**EN NUESTRA SOCIEDAD SE
LLEGÓ A UNA COMPLICIDAD
QUE ES IMPOSIBLE SIN ESA
COSIFICACIÓN Y EL DESPRECIO
HACIA EL OTRO**

Si realmente queremos romper esas fronteras no nos podemos quedar únicamente en una política de víctimas o una memoria que se centre exclusivamente en ellas y su reparación, aunque esto sea importantísimo. Sería seguir el mismo patrón establecido hasta ahora: que el conjunto de la sociedad que hemos mirado desde la barrera siga actuando como si el tema no fuera con nosotros, como si no hubiéramos sido afectados o como si no tuviéramos responsabilidad. Víctimas incuestionables por un lado, verdugos por el otro. El mundo en el que existía ETA es también nuestro mundo, los testigos indiferentes hemos contribuido a crearlo. Todavía estamos muy lejos de que se produzca

un cambio imaginativo real a nivel colectivo que nos permita no tanto “superar” el conflicto, sino conocerlo en sus dimensiones más intrincadas, que son las que tienen que ver con los afectos que nos unen. Y los que nos desunen, con esas fronteras imaginativas que hemos levantado entre nosotros.

4. ¿EL PERDÓN Y LA RECONCILIACIÓN COMO BASE PARA LA CONVIVENCIA?

En el mismo documental de Jon Sistiaga, hay otra perla que resume mi interpretación del perdón. Ibon reconoce que no tiene derecho a pedir perdón a Maixabel porque lo que hizo es imperdonable. Ella le contesta que no sabe si le perdona o no, pero que sí le quiere dar una segunda oportunidad.

Considero que el perdón es un proceso personal que no debería exigirse que se pida ni que se otorgue y que no se debe poner como condición para la convivencia. Cuando la petición de perdón se liga a cuestiones políticas, se puede falsear para sacar réditos políticos. Además, el perdón trae consigo la redención del victimario a través de un nuevo sacrificio de la víctima. En este sentido, no hay nada que requiera tanto de la víctima como otorgar el perdón.

Tanto exigir una petición de perdón como esperar que la víctima algún día lo conceda es no solo poner una condición que pertenece al universo personal de los que han sido directamente afectados por la violencia, sino que también demanda un acto que en algunas ocasiones resulta además de imposible, indeseable. Alguna vez he defendido que la víctima tiene derecho al resentimiento, entendido como la negativa a normalizar el crimen, a incorporarlo a una narrativa inteligible, a aceptarlo como un hecho pasado que hay que superar. Pero el perdón puede ser una forma indeseada de normalización del crimen. Tiene ese derecho, como también el derecho a perdonar si es que así lo desea. Conocen todos ustedes el libro

Los ojos del otro, de Esther Pascual Rodríguez, donde se recogían los “encuentros restaurativos” de la vía Nanclares. Pascual explicaba que algunas de las víctimas no querían que los victimarios les pidieran perdón porque “no querían que ese perdón supusiese una liberación para el ex terrorista, porque no deseaban que el encuentro se pusiese al servicio de la extinción de culpabilidad de los asesinos a modo de ‘proceso liberador de culpas’. Por ello, fue necesario aclararles que el objetivo de los encuentros restaurativos no era ni pedir perdón ni perdonar” (121). Creo que la vía de estos encuentros, que enfatiza la necesidad de conocimiento y el carácter distintivamente privado de los procesos, es la más apropiada cuando hablamos de una posible restauración. En cualquier caso, y antes de llegar a los difíciles procesos de reconciliación es necesario el cambio imaginativo del que he venido hablando hasta ahora. Sin un reconocimiento de responsabilidad colectiva en el conflicto será imposible una restauración real. Por eso centrar la discusión actual en el perdón y la reconciliación de víctimas y victimarios no me parece que sea una vía productiva para el debate sobre la convivencia.

Para afrontar todos estos retos (las memorias en conflicto y el olvido, las viejas actitudes que generan fronteras y afectos negativos entre nosotros, las falsas premisas sobre las cuales asentar la convivencia) necesitamos, creo, nuevas formas de interactuar socialmente, nuevos actores que dinamicen la vida comunitaria, política y social, nuevas formas de entendernos, de comunicarnos, fuera de las viejas batallas identitarias y políticas. Y estas nuevas herramientas creo que las podemos buscar en el ámbito cultural: la literatura, el cine, las artes, todos vehículos de creación de nuevas posibilidades y de comunicación. Vehículos que despierten una imaginación ética que cambie el modo en que concebimos al vecino, el modo en que vivimos ahora en esta sociedad, heredera de tantas violencias, vehículos que potencien una imaginación que nos haga pasar de la

indiferencia a una actitud de compromiso con la convivencia, que pueda ayudarnos a crear un presente más habitable, un futuro compartido. La falta de afecto hacia quien no considero “de los míos”, la falta de empatía hacia las víctimas, el hecho de que no se ha dado un duelo colectivo ante el dolor ajeno, se asienta sobre una imaginación contaminada.

No digo que la cultura o la educación sean la solución a todos los problemas, no soy tan ingenua, pero creo que sí pueden ayudarnos a pensar, sentir e imaginar mejor, a descontaminarnos. La cultura, además, puede usarse como herramienta de diálogo.

¿De qué tipo de cultura hablo? De la que nos hace situarnos dentro del conflicto a través de nuestras propias memorias, no fuera de él como jueces absolutos ante la supuesta maldad de los demás, una cultura que construya un relato desde las preguntas, explorando desde el deseo de conocer —que no justificar— la violencia y sus implicaciones individuales y colectivas.

La imaginación artística puede acercarnos a encarnar la experiencia de dolor ajeno. Las ficciones pueden servir para desnaturalizar

la violencia, para mostrarnos aquellas actitudes y comportamientos que pensamos que no son propios, pero que pueden habitar en nosotros. La cultura nos puede ayudar a hacer el camino de memoria, de conocimiento y de empatía. Pero para que realmente tenga trascendencia social, tiene que ser cultura compartida. Es decir, es imprescindible llevar el debate al ámbito público a través de acciones sencillas pero creo que fundamentales, como las conversaciones que se pueden crear a raíz de un recuerdo compartido, una lectura, una película, una exposición, cualquier relato que desvele parte de la historia, que nos sacuda, nos saque de la inercia del olvido, y nos haga reflexionar honestamente sobre nuestra participación en este conflicto que todos, de alguna manera, vivimos y que muchos de nosotros también contribuimos a perpetuar.

Sin ese trabajo colectivo, sin llevar este debate al mayor ámbito social posible (y aquí hago un llamado a las instituciones del Gobierno Vasco para que contribuyan todo lo posible) creo que no se puede dar una convivencia real. Podrá haber tal vez reconciliaciones personales pero no impregnará a la sociedad que vivió toda esa violencia.

SIN UN RECONOCIMIENTO DE RESPONSABILIDAD COLECTIVA EN EL CONFLICTO SERÁ IMPOSIBLE UNA RESTAURACIÓN REAL. POR ESO CENTRAR LA DISCUSIÓN ACTUAL EN EL PERDÓN Y LA RECONCILIACIÓN DE VÍCTIMAS Y VICTIMARIOS NO ME PARECE QUE SEA UNA VÍA PRODUCTIVA PARA EL DEBATE SOBRE LA CONVIVENCIA

